

Usted

Fernando Iwasaki

He recibido su amable carta, querida amiga, y comparto su preocupación acerca de la crisis de la educación. Se ha perdido la distancia elegante que antes existía entre los mayores y los jóvenes, las señoras y los señores, las autoridades y los ciudadanos, los catedráticos y los estudiantes, y entre todas las parejas donde debería imperar siempre el respeto y la cortesía. En España ya nadie emplea el «usted», salvo para demostrarle a otro su enfado.

No tengo elementos de juicio para saber si todo se originó durante la transición o si en verdad nos ha desconcertado eso que usted llama socarrona la «novelería de la modernidad». Para mí una cosa es la democracia y otra muy distinta la educación. Se puede ser demócrata y educado y está muy bien. Se puede no ser demócrata aunque sí educado, y podríamos charlar divinamente. Se puede ser demócrata pero maleducado, y ya lo tendríamos más difícil. Y estoy persuadido, querida amiga, de que usted creará como yo, que a un totalitario malcriado que lo aguante su señora madre.

Su madre del malcriado, faltaba más.

Sin embargo, no crea usted que la única pobreza que se abate sobre nosotros es la de la urbanidad. Si la educación se resiente, no vea usted lo que puede ocurrir con el lenguaje. El tratamiento de «usted» requiere unos usos especiales que cada vez se emplean con menos corrección. No es lo mismo el «tú» que el «usted», aunque se trate de la misma persona gramatical. Las fórmulas, el tacto, las conjugaciones, todo varía cuando nos dirigimos a alguien de «usted». De hecho, lo que más le cuesta a un anglosajón empeñado en aprender nuestra lengua es precisamente el uso oportuno del «usted», porque en inglés el «you» se utiliza indistintamente como tratamiento respetuoso y desenfadado.

En América Latina —o Iberoamérica, como usted prefiera— aprendemos a usar el «usted» desde la más tierna edad. Siempre con las personas mayores, los maestros, los amigos de nuestros padres, los padres de nuestros amigos y, por supuesto, con los desconocidos. Hay países como Colombia, donde hablan un castellano finísimo, en los que el «usted» es incluso cotidiano entre padres e hijos. Y créame que pocos placeres más intensos he experimentado como cuando mis profesores universitarios o alguna encantadora señorita me invitaban a tratarles de «tu». Y es que cuando alguien nos pide que le hablemos de «tú» es que vamos por buen camino. Aquí, querida amiga, no hay cómo saberlo. Y créame que eso es un problema.

Como a usted, a mí también se me antoja inapropiado escuchar a los más jóvenes, tuteando sin tapujos a sus mayores. Sin embargo, le aseguro que dentro de muy poco tiempo la educación y la cortesía serán tan escasas, que cotizarán muy alto a la hora de conseguir empleo. Con la monserga de la igualdad de oportunidades, a los licenciados la formación profesional —como a la guardia civil el valor— se les supone, mas no sucede lo mismo con las buenas maneras. Sé que estoy estampando dos palabras que no son políticamente correctas —«buenas maneras»—, pero mis padres no nacieron aquí y no voy a renegar de sus enseñanzas para que parezca que no tengo nada que ver con algo que de verdad no tengo nada que ver.

Amiga mía, le comprendo perfectamente cuando me confiesa que se siente parte de otra época por seguir creyendo en el respeto y la cortesía, mas le aseguro que la libertad y

la tolerancia no son las responsables. Tampoco la globalización. No es competencia del Estado formar ciudadanos más corteses y respetuosos, porque esa ha sido siempre una misión de las familias. ¿Y cómo así se ha entronizado la vulgaridad? Pues como se popularizó el amor romántico y señorial: cuando la plebe comenzó a morir de amor. Los rituales del amor civilizaron al personal, pero ahora que el amor no está de moda se han perdido las buenas maneras y la educación es un anacronismo.

Uno de los boleros más hermosos de mi tierra se llama precisamente «Usted», y su letra es un compendio de elocuencia, finura, delicadeza y consideración. ¿Cómo no conmoverse ante ese verso que suplica: *Usted me desespera, me mata me enloquece, y hasta la vida diera por perder el miedo de besarla a usted?*

A la señora del bolero, faltaba más.

ABC (3.01.01)